

Ueberrnensch.

O. Completar tomo VIII

1

("EL Dia Gráfico", Barcelona, 30 octubre 1914)

Hay que decirlo en alemán puesto que es, en cierto modo, una categoría intraducible. Aquí, en España, se ha traducido unas veces «superhomo» — lo que es traducirlo al latín, pero no al español, — otras veces «superhombre», otras «sobrehombre» y alguna «trahombre». Y en estas mismas vacilaciones al querer traducir esa polantesca invención del pobre pedante que fué Federico Nietzsche, de aquel desgraciado loco de debilidad que se fingía el fuerte, de aquel infeliz león que se reía para ocultar sus lágrimas, en esas vacilaciones de traducción se ve que, afortunadamente, la cosa no se comprende ni se siente en España.

La «Lógica del conocimiento puro» («Logik der reinen Erkenntnis») de otro pedante tedesco, el sáduceo Hermann Cohen, termina con el Concepto del Hombre — «Der Begriff des Menschen». Un puro concepto y este Hombre en que termina su Lógica, es Hombre con hache mayúscula no es más que un hombre conceptual y no de carne y hueso. Tan conceptual y tan poco de carne y hueso como aquel Único de quien es el universo todo propiedad — «Der Einzige und seine Eigentum» — de otro tercer pedante, del pedante del egoísmo sistemático, de Max Stirner (Gasper Schmidt).

Todo pedantería. Es decir, todo conceptos llevados sistemáticamente al extremo, donde se destruyen a sí mismos, sin sentido alguno de la medida y de la limitación. Lógica sin estética, sin fin. Porque la estética es el sentido de la limitación y de la medida, de lo finito. Y la lógica la de lo infinito. No es así, amigo Xenius?

Por contentos y pagados podríamos darnos si llegáramos a ser hombres, verdaderos hombres, hombres enteros y verdaderos. Ser todo un hombre es lo más que en el mundo en que vivimos se puede ser. La hombría, la «hombridade» que decía aquel gran pensador portugués, Oliveira Martins, es lo supremo. Ser hombre—lo he dicho antes de ahora—es más que ser semi-dios. Porque un semi-dios no es más que un semi-hombre. Ser todo un hombre es ser un héroe.

El profesor Treitschke, el apóstol del imperialismo, dice en su formidable «Politik»—de donde es aquella sentencia de que «la guerra es la política por excelencia»—que el alemán es un héroe nato—«ein gehorener Held»—que cree que debe abrirse paso a través de la vida. Todavía el héroe nato de Treitschke, el Hombre conceptual de Cohen y el Único de Max Stirner, no aspiraban a superar al



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES



hombre, a ser sobrehombres.

Eso de superar, de exagerar, es la manía de la pedantería.

Aquel inglés parsimonioso, cauto, prudente, lleno del sentido de la medida y de la limitación, aquel inglés tan penetrado del espíritu de lo que los teólogos anglicanos llaman «vía media», aquel espíritu tan sagaz y profundo que fué Carlos Darwin, estableció sus doctrinas en unas obras que son modelos de moderación científica. Pasaron el mar del Norte, llegaron a Alemania y ya tenemos al atóndrado y sistemático Haeckel queriendo trazar la genealogía de las especies todas animales. Es decir, la sistematización absoluta, la exageración, lo definitivo, la pedantería.

Y toma las doctrinas darwinianas, o mejor dicho sus hipótesis y sus anticipaciones aquel pobre loco de debilidad que os decía, aquel antiteólogo—que es otro modo de ser teólogo—de Nietzsche, que al no poder ser Cristo blasfemaba del Cristo y que para encubrir su hambre de inmortalidad inventó la trágica bufonada de la «vuelta eterna», y hace con aquellas doctrinas sus disparates del rubio hombre de presa y de la inmisericordia.

Filosofía—si es que lo es—de débiles que quieren hacerse los fuertes y fingen serlo y se empeñan en hacer creer a los demás que lo son para ver si así se convencen a sí mismos de que lo sean, filosofía de pobres brujos que hartos de oírse tratar de buenas gentes quieren aparecer bárbaros.

Y sobre todo, la manía de superar. Manía que últimamente hacía estragos en un pueblo tan estético, tan de medida y ponderación como es el italiano. La obsesión del joven escritor o artista italiano parecía ser últimamente la de superar al maestro. Consecuencias, sin duda, de la infección de pedantería ultramontana de que ha padecido Italia.

Y el pobre «Ueberschensch», el sobre-hombre, acaba por inventar un «Uebergott» o Sobre-Dios para él solito, un Dios que es su alida. Pedantería también, pura pedantería.

Y de ahí han nacido todas esas desatinadas doctrinas místicas respecto a las razas y la superioridad o la inferioridad de éstas o de aquéllas. Un pueblo que se pase los años mirándose al ombligo y queriendo persuadirse de que es un sobre-pueblo y fingiendo ignorar o menospreciar a los demás, es un pueblo perdido.

Y digo fingir porque eso de la sobre-hombría, de la «Ueberschenschheit» no es más que hipocresía y fingimiento. Todo eso es hijo de vanidad, de infatuación, no de orgullo, no de soberbia. El que está convencido de su propia excelencia no acude a eso.





Cuando me hablan de la confianza que tal o cual pueblo tiene en sí mismo, de su fe en el triunfo de su causa, no lo prefiero. Es que quiere convencerse de ello convenciendo a los demás y finge, finge, finge. La infatuación vive de ficciones y de ignorancia. No creo—lo he dicho cien veces—en fe que no se base en duda. La fe que aparece inquebrantable, incommovible, rectilínea, es hija de ignorancia o es hija de fingimiento. El que no duda no cree.

Cuando se aspira a sobre-hombre es que no se está seguro de ser hombre, hombre entero y verdadero, todo un hombre.

Había que haber visto cuando hace pocos años sopló también sobre España, aunque muy poco, el pequeño vendaval nitzscheniano—traducido aquí de adaptaciones y extractos franceses—quienes fueron los que se dejaron arrebatar de él. Los más pobrecitos, los más abanguesados en el fondo de su espíritu, los más inofensivos, los más débiles. Había que oír abominar del cristianismo y de la piedad y de la resignación a quienes en su vida se habían detenido a leer con cuidado y a meditar el Evangelio. El nitzschenianismo fué aquí una de tantas fórmulas de que se valió la pereza mental para encubrirse. Fué una receta más para hacer escritos que pareciesen geniales y audaces.

Ahora el pobrecito «Uebermensch» no puede volverse atrás. Ha estado tantos años soltando baladronadas y haciendo que su águila cacaree que ahora tiene que hacer el héroe por fuerza. Y el héroe nato—«der geborener Held»—que es lo peor. Hacer de héroe nato debe de ser una de las cosas más comprometidas del mundo. Tan comprometido como hacer de profeta. Demostrar ciencia adquirida es algo que está al alcance de mucha gente, pero demostrar ciencia infusa es ya otra cosa. Y el héroe nato ha de tener valor infuso y no valor adquirido. Para el modesto hombre sencillo, no más que hombre, el valor suele ser el arte de ocultar el miedo, pero el sobre-hombre, el héroe nato, no puede conocer el miedo. ¿Y si lo conoce? ¿Y si conoce el desfallecimiento?

Lo más terrible que le puede pasar a un pueblo es que no se le prepare también para la derrota. La grandeza de Don Quijote es que supo ser pobre y ser vencido.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES